EL VALLE DE HECHO

Por JOSE LUIS MUÑOYERRO

Accesit General del II Concurso de Literatura de Montaña «Trofeo José María Peciña»

PREAMBULO POETICO

EL POETA.—¡Ah! ¡Me asfixio! ¡Cemento, luces de tráfico, cristales, trolebuses que giran sin sentido una eterna ronda; hipocresía, problemas económicos en primer plano; políticos y vendedores de pimentón! ¡Es terrible! ¡Me voy a morir! ¿A dónde iré?

LA PLAYA.—Ven a descansar sobre el oro derretido de mi cálida arena, escombro de otros mundos; y en el incansable trajín de las olas descubrirás los eternos secretos del tiempo.

EL POETA.—¡Oh! ¡Me falta el aire en estas ratoneras! Artículo 47 del Código de la Circulación. Preámbulo del Código de Comercio. Responsabilidades civiles, criminales, pecuniarias. Ley de plus-valía. Control de precios. Desarrollo del número «e». Horas de entrada, de salida... (¡Dense prisa que la conferencia va a empezar! —¿Qué dijo? —No me he enterado de nada. —¿Tiene usted cambios? —Mi hijo está imposible. —Lo siento, vuelva usted dentro de diez días. —¡El éxito del año! ¡Una película sin ningún personaje neurótico!) ¡Qué asco! ¡Me dan náuseas! ¡La vida es una roca fundida por la lava de la mediocridad!

EL DESCANSO.—Entrégate en mis brazos algodonosos. Yo te daré el olvido, que es el descanso más perfecto. Un día será igual que otro, y muchos días devolverán el tono a tus nervios. No tendrás ni una palabra agria ni un gesto destemplado.

EL POETA.—Yo veo un horizonte carcelario. Barrotes, cadenas, grilletes, mazmorras, interrogatorios: ¿El número de su cuenta, de su cartilla, de su carnet, de su casa, de su piso, de su teléfono? ¿Cómo se llama? ¿Dónde nació? ¿En qué fecha? ¿A quién ha matado usted últimamente?

¡Ser pájaro! ¡Beber el azul de la mañana en la gota de rocío, diamante fresco y jugoso, milagro cotidiano de la Naturaleza! ¡Ser pródigo, derrochador de amaneceres, de crepúsculos verdes, rosas, opalescentes, de noches cálidas y misteriosas; de estrellas que lloran la falta de ángeles en otros cielos!

EL ENSUEÑO.—Soy un gran crisol y visto de oro pálido tus recónditos pensamientos. Serás pobre e ignorado, pero en mí tienes la llave del país de lo ideal. Los sueños te darán la vida que tú anhelas. Vida esplendorosa, secreta, íntima, que nadie podrá robarte. Soy el gran pintor de tu existencia. Soy el ensueño.

EL POETA.—Ya no duermo, ni descanso, ni puedo estar quieto. Veo luces que se encienden y se apagan. Oigo dentro de mi cráneo rumor de trenes en un túnel. Caída de agua en la oscuridad. Marcho en tinieblas por un desierto. Parto el pan y está lleno de víboras. En cada mirada sorprendo el odio, la traición, la indiferencia. Sorteo obstáculos desconocidos e imprevistos. Siento la angustia de ser sensitivo. Me sangra el alma con las espinas de la vida.

LA MONTAÑA.—Tengo mil formas; colina redondeada, alcor activo, picacho enhiesto, montaña salvaje, pico infinito. Albergo a la vida y domino al mundo. Calor, frío, nieve, hielo, bosques rumorosos y ¡horizontes! ¡Horizontes lujuriosos, banquetes del espíritu! Trituro el tiempo con mi peso y rasgo el vientre del universo con la afilada aguja de mis cimas.

EL POETA.—¡Oh! ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Tu voz resuena en mi corazón como el primer canto del primer pájaro sobre la hierba húmeda de las aguas retiradas del Diluvio!

LA MONTAÑA.—Vierto sobre el llano el agua de mis líquidas entrañas. Envío aromas de flores cuyos nombres son más bellos que su perfume. Hago nacer la tempestad y disipo la bruma del Septentrión. Late en mis venas el fuego de Démeter fecunda. Pinto de verde mi piel y bruño, con el fulgor del rayo, mis pequeñas paredes. Tendida bajo la túnica del cielo, arrullo el sueño de diez mil noches.

EL POETA.—¿Dónde? ¿Dónde estás? Mi sangre es una voz que clama por verte con más ansia que el heliotropo enamorado se abre a la caricia del sol mañanero ¡Quiero ser libre en el silencio lleno de luz de tus cumbres vírgenes!

LA MONTAÑA.—Mar de música, columpio de la tierra al cielo, brisa enervante, taladrar de grillos, trino achicharrante de cigarras, pasos furtivos de alimañas, alfombra pútrida y fecundante de mantillo, musgo acariciador, bosques con sueño de siglos, altivos abetos trazando el ángulo agudo con la pendiente que se escapa hacia el cielo; ríos, riachuelos, regatas y fuentes que cantan y lloran; escalones herbosos; plataformas rocosas calcinadas por el sol, la lluvia y el viento; y perfiles recortados, cimas temblorosas con vértigo de abismos, rodar de miradas sin límites y una gran exaltación en el alma; una borrachera de altura. ¡La emoción de llegar a la cúspide, a lo máximo y sentirse traspasado por la flecha del ideal!

EL POETA.—¡Subir! ¡Tener alas en los pies y una sutil ingravidez en el alma! ¡Subir! ¡Dejar abajo todo el bagaje sentimental; penas, alegrías, amores y odios, y quedarse sólo, con los brazos paralelos al infinito, voceando la dicha de vivir en el aire caliente de la mañana joven, recién nacida de la mano de Dios! ¡Sólo! ¡Arriba! ¡El poeta y la montaña! ¡Versos nuevos afluirán en torrentes a mi corazón! ¡La música divina de lo divino se convertirá en visión inenarrable! ¡Quiero vivir para verte, montaña! ¡Hombres de las ciudades, el poeta huye de vosotros y se va a las cumbres, a la luz, a la dicha, a la felicidad!

INTERMEDIO OBLIGADO

El montañero mira su pequeña biblioteca de libros y revistas alpinas. Hay PYRENAICAS antiguas y de la II época; éstas, encuadernadas. Tiene otras revistas: «Peñalara», «Cordada», «Montaña», «La Montagne» y diversos libros de viajes, narraciones de grandes exploraciones y escaladas, sobre todo en el Himalaya, y guías turísticas, mapas sueltos y fotografías de montes en un álbum. Usa como pisapapeles la cabeza de un piolet. Rebusca una y otra vez entre sus papeles, mientras murmura:

—Pues la verdad, no encuentro una sola línea que hable del Valle de Hecho. El otro día sorprendí una conversación a dos montañeros: Decían que era un valle maravilloso rodeado de altas montañas. Y lo más extraño es que nunca había oído ni que existiera siquiera.

El montañero sigue buscando. Se ha despertado en él la curiosidad, no el sentimiento malsano de querer conocer otras cosas por el mero hecho de saberlas y criticarlas, sino el noble afán de aumentar sus conocimientos, su cultura y perspectivas de vida. Tiene, trasplantada a su época, el espíritu de un explorador, de un conquistador, siempre dispuesto a desvelar el horizonte de lo desconocido. Es una fuerza interior la que le mueve en su afición. El montañero sigue hablando para sí:

—El montañero debe ser un Cristóbal Colón. ¡A descubrir nuevos mundos con la mochila llena de esperanzas y la vista colgada de una estrella! He visto España a mis pies, con ondear de mares en las olas de sus pinos sorianos; tierras resecas de la meseta de las dos Castillas, rocas mimadas por el verde húmedo de la dulce Galicia; bramar de espuma en los ríos asturianos, caos salvaje de rocas lunares en los Picos de Europa, grandes laderas herbosas en la geórgica Santander, bosques, bosques y bosques con aire de selva en la inmensa Navarra, montañas de juguete en Vizcaya y Guipúzcoa con ermitas enjalbegadas que tañen melancólicas horas de oración; gigantes de roca, titanes petrificados en su loco intento de escalar el cielo en Huesca... Y sin embargo, muchas veces no he quedado contento. Todos los sitios por los que he pasado, no sólo estaban descubiertos sino que algunos hasta se habían convertido en lugares de ocioso veraneo, de fácil acceso, perdiendo el principal encanto de la Naturaleza: la soledad. Por eso he ansiado siempre ser un Cristóbal Colón. ¡Cortar con la proa de mi nave mares nuevos, olas sin nombre, y descubrir nuevas constelaciones! ¡Ver el paisaje desconocido, recorrer el camino ignorado, ascender al pico olvidado fuera de las rutas caravaneras. ¡Conocer palmo a palmo, poco a poco, la áspera geografía de España, desde los altivos y sonoros valles de Tena, Estós, Ordesa y Arasas con su cohorte de gigantes, hasta los humildes vallecitos vascos que se recorren en medio día! ¡Conocer todo lo que de bello y misterioso tiene nuestra rugosa piel de toro, incluído este gran desconocido Valle de Hecho!

¿SUEÑO O FICCION?

El montañero camina por un terreno familiar para todos nosotros. A pocos metros de sus pies ruge y se desgañita un blanquísimo torrente alpino entre gigantescas y redondeadas piedras de aluvión, unidas de vez en cuando por un tronco que arrastró furiosa avenida. Si el espeso bosque que le rodea, de largas y temblorosas hayas que se extienden en todas direcciones kilómetros y más kilómetros, permitiera ver el cielo de un azul turquesa, se observaría que a poca distancia del torrente, el terreno empieza a subir en desvanecedor desnivel. Pronto el opulento dorado otoñal de las hayas, cede su sitio a recias falanges de negros pinos y, cuando, en el límite de los abetos, nace la roca rojiza espejeante al limpio sol, allí puede verse la montaña pirenaica que unas veces yergue puros perfiles planos y otros, agudos y enhiestos picos de una etérea ingravidez.

El montañero va completamente equipado, portando a la espalda la monstruosa mochila cargada con alimentos, ropas, tienda de campaña y saco de dormir que le asemeja a inhumana bestia de otro planeta que caminara encorvado mirando sus propias pisadas.

De vez en cuando estira su esqueleto, enjuga el sudor que resbala por su frente y baja a amargarle los labios; y mira interrogante a la lejana cima que aparece, dominando el panorama, en el claro del bosque. Saca un mapa, una brújula e intenta saber su nombre...

¿Se habrá quedado dormido el montañero, amodorrado por el intenso calor del mediodía? ¿Habrá tenido ese instante de intuición extraterrena que todos los hombres sentimos una vez en la vida? ¿Será una figuración nuestra, fruto de nuestro ardiente deseo de conocer el más allá?

El caso es que un viejo, tan cargado de siglos, de milenios que parece imposible pueda tenerse en pie, ha aparecido ante el montañero. Su barba, ¡oh asombro! no es de blancos pelos sino de compacta masa de nieve, en sus ojos flamean relámpagos y estallan rayos, y tiene la carne, apergaminada, del color de la roca tostada y agrietada por el hielo de cien centurias. El viejo abre la boca y dice:

—Me place, joven montañero, pláceme tu afán de conocerme, a mí, «el gran desconocido». Has venido de Bilbao por saber quién soy, cómo soy; y esto, a pesar de mi antigüedad, halaga mi corazón. De tu brumosa villa hace muchos años que nadie ha venido a escalar mis montes. Sé pues, bienvenido. Muchas veces me pregunto. ¿Qué tienen otros valles pirenaicos que no tenga yo? ¿Bosques frondosos, lagos purísimos, montes de hierba, de roca, de muchos metros de altura?

Todo eso tengo y mucho más, pues ningún valle —a no ser el vecino de Ansó— cuenta con un pueblo como el mío, con lengua propia y costumbres y vestidos totalmente diferenciados del resto de los españoles. Mas como observo que te entra la comezón literaria y andas con el lápiz en la mano, tomando apuntes, te contaré mi historia.

Me llamo Valle de Hecho y estoy situado en la provincia de Huesca, teniendo a mi izquierda el Valle de Ansó y al N. la frontera con Francia y el Valle aragonés de Aspe. Me cruza de Norte a Sur el río llamado de Hecho y en los mapas, de Aragón Subordán, mido 21 kilómetros de largo y tengo 181,69 kilómetros cuadrados de superficie. Mi principal riqueza es la ganadera y el aprovechamiento de mis bosques. Mi única vía de comunicación es la carretera que llega hasta Jaca, 44 kms. al sur de la capital de Hecho que está situada a 833 metros de altitud sobre el nivel del mar.

¿Me encuentras viejo? No tengo coquetería femenil, pero aunque quisiera no podría decirte mi edad exacta. Ni los más sabios de los hombres lo saben con seguridad. No te voy a aburrir con datos geológicos a ti, que sientes más interés por la vida actual de una ardilla que por la de un soberbio y fenecido rey asirio, pero te haré algunas indicaciones para que no digan que no tienes base científica. De hace seiscientos millones de años, de la era agnostozoica, período arcaico, plutónico o fase inorgánica, esto es, de la que precedió a la aparición de la vida, tengo en mis entrañas algunos gneis y pizarras.

Después viene la fase orgánica o sea desde que los seres organizados hacen su primera aparición en la tierra dispuestos a liarse a mamporros, y a no acabar hasta que finiquite el mundo. De la era primaria, paleozoica o período precámbrico, tengo pizarras arcillosas y silíceas como las del Pic du Midi d'Oissau y Orzanzurieta.

Luego viene la era secundaria o mesozoica, con calizas margosas, pizarras negras, caliza gris del cretáceo, y ya viene la era terciaria o neozoica. En su período oligocénico, la fricción de las masas continentales alzaron poderosos mantos de estratos depositados en los mares cálidos primitivos, formando la imponente cordillera de los Pirineos, de pisos claramente lacustres.

El período más difícil de mi vida coincidió con la aparición de ese renacuajo que se llama hombre y que vive, ama, odia, crece y se multiplica de espaldas a la gran verdad de la creación: la Naturaleza. Durante la era cuaternaria sobrevinieron los dos períodos de glaciación en los que una espesa capa de hielo cubrió toda la cadena central de los Pirineos y montañas de alturas de 2.500 metros, de la que aún quedan restos en los glaciares del Vignemale y Monte Perdido y que yo sólo recuerdo con el ibón de Axerito.

La fase torrencial siguió a la glacial, fase todavía en período de desarrollo; y los torrentes han cavado largos y estrechos valles para desaguar, uno de los cuales soy yo. O sea que en el Registro Civil de nacimientos sólo tendría estos 14.000 ó 16.000 años que tiene igualmente la raza humana.

Soy pobre en minerales y rico en pastos y bosques. Hayas y pinos a millones dan la riqueza a mis vecinos; y en las rocas de mis alturas pacen y corren los *sarrios*, enamorados de su libertad. Más datos podría darte, pero entonces quitaría aliciente a tu búsqueda anhelosa de cosas nuevas. Además estoy cansado; desde que dialogué hace 1.700 años con un cuestor romano no había hablado tanto ¡Ah! Me voy a echar una siesta de otros dos mil años...

Y el viejo desapareció. Y entonces, el montañero, atónito ante lo soñado, se despertó.

DATOS HISTORICOS

El nombre de Pirineos es mitológico y radica en la leyenda griega de Pirene, seducida por Hércules, que, huyendo de la cólera de sus padres, se refugió en las montañas a las que dio su nombre, y donde pereció en medio de un formidable incendio que arrasó toda la cordillera.

Mientras que por la parte francesa la visión de los Pirineos es fantástica y nos da una visión de altísimas y nevadas montañas; por la española se asemeja una gran serie de plataformas rocosas y sólo en última instancia se alcanza a divisar las cimas de los montes. Ello es debido a que por la parte francesa el desnivel es inmediato (7 por 100) y por la vertiente española es del 3 al 4 por 100. Además, la barrera de montes recibe y retiene la humedad del Atlántico haciendo que las laderas galas sean más jugosas que las nuestras.

Los Pirineos que antes se alargaban hasta Galicia, ahora se han reducido a tres partes: Se llaman Pirineos Occidentales o atlánticos a toda la región tributaria del Gállego y Aragón hasta la sierra de Guara. Pirineos Centrales desde esta sierra, hasta la sierra de Cadí y contienen, a excepción del Balaitous y Puntillos a todos los montes que superan los 3.000 metros; y Pirineos Orientales o Mediterráneos, desde la Sierra de Cadí hasta las ruinas de un templo a Venus en el Cabo de Creus.

El Valle de Hecho pertenece, pues, al Pirineo Occidental, a la provincia de Huesca, partido judicial de Jaca. Toda esta región, tributaria del río Aragón, perteneció a Navarra hasta el año 1035 en el cual Sancho III el Mayor repartió sus estados a sus cuatro hijos, dejando el reino de Navarra en sus límites geográficos-naturales y separando del mismo la región de Jaca ya que estaba lejos del reino, sin comunicación, aislada y no se podía socorrer en caso de ataques.

El último valle navarro es el del Roncal y luego vienen en líneas paralelas los de Ansó, Hecho, Aragües y Candanchú. Al igual que en Salazar y Roncal, los valles de Ansó y Hecho fueron habitados por tribus vascas que en los primeros valles aún subsisten, incluso con su vascuence arcaico, pero en Ansó y Hecho se mezclaron con otros pueblos y perdieron el idioma aunque se conserva en alguna que otra palabra El primitivo nombre de Ansó es Berari y Hecho, o Echo, como se escribía antiguamente, según el filólogo señor Azkue viene de Etxe, es decir, conjunto localizado de casas.

No obstante en la toponimia del valle persisten los nombres de recia estirpe vasca como Saspi, Oza, Aüerri, Guarrinza, Zuriza, Andaederra, etc., por no lanzarnos más hacia el Este con su Osca (Huesca) y el vasquísimo nombre de Aspe.

EL VALLE DE HECHO

Hecho se compone de la capital, llamada con el mismo nombre, el caserío de Santa Lucía, y los lugares de Siresa y Urdués, éste último con Ayuntamiento propio.

Los montes, ríos y barrancos proceden de Donación Real hecha por Alfonso I El Batallador, nacido en Hecho, y educado en Siresa por los monjes benitos claustrales que lo ocupaban. Ahora, todos los montes son de origen comunal y el aprovechamiento de su madera y pastos se hace por medio de los Servicios Municipalizados de Hecho y de Urdués, cuya empresa «Explotación Forestal del Valle de Hecho» aprovecha anualmente unos diez mil metros cúbicos de madera y con su producto se pagan el presupuesto ordinario anual de la misma, se construyen caminos, fuentes, saneamientos, y los comuneros obtienen los beneficios de asistencia facultativa completa y veterinario para sus bestias.

Las casas de Hecho son sólidas, de gruesos muros, y de dos a tres cuerpos en los que instalan las dependencias, que parecen seguir el mismo módulo de vida que la primitiva vida románica: la planta baja destinada a almacenes, establos y depósitos, y la vivienda en el piso primero. La idea de distribución que más recuerda la casa antigua románica, es la de estas casas rurales pirenaicas con su gran cocina-comedor, su sala de recibir para relacionarse con el exterior, sus dormitorios y lugares escondidos, y trampas para huir en caso de necesidad. Tienen las casas altísimas chimeneas con tejado, para impedir que la nieve entre en su interior, y son de dos y más metros de altas en evitación que durante los ásperos inviernos queden enterradas.

San Eulogio cita en 840 a los 100 monjes que brillaban por sus virtudes en el Monasterio de Siresa. Restos de este célebre Monasterio, que dominó totalmente el valle, es la actual iglesia reedificada en el siglo XI sobre los cimientos de la anterior. Es una obra románica muy notable y en su estilo la más austera de la provincia, pues carece de decoración escultórica.

A excepción de algunas ancianas y de alguna celebración en fiestas sonadas, se puede decir que ha desaparecido el vestido típico de las mujeres de Hecho: enormes gorgueras que hacen resaltar el rostro, camisa de largas mangas finamente plegadas. sayas verdes levantadas hasta debajo de los brazos y peculiar peinado.

Siguiendo el fenómeno natural de estos últimos tiempos, la población de Hecho ha disminuído, contando en la actualidad con unos 1.300 habitantes de 1.800 que ha tenido este mismo siglo.

LA FABLA CHESA

Lo más maravilloso de este valle es, aparte de sus bellezas geográficas, de las que luego hablaremos; su lengua, que ellos denominan «fabla chesa» o «cheso». El vascuence primitivo se mezcló con el latín del Monasterio de Siresa. Hay una lápida romana del año 388, convertida ahora en reloj de sol en la iglesia de San Pedro de Siresa, en la que un cuestor romano, en nombre del emperador español Máximo, decía que había arreglado una vía romana devastada por las aguas. De esta mezcla salió la fabla chesa, que fue el padre del romance y éste del castellano. Los poemas de Gonzalo de Berceo están escritos tal y como hablan los chesos actualmente. Es una «fabla» románica pura, y están totalmente orgullosos de ser padres del español actual.

Naturalmente, como ocurre con el vascuence, se está muriendo y tiene gran corrupción al adoptar gran número de palabras castellanas actuales, mas de todas formas es encantador oír hablar en este viejo idioma. Don Veremundo Méndez Coarasa, alma del «che-

Camino desde Zuriza al collado de Petraficha (1.961 m.) A la derecha, la crestería de las peñas de Alano.

Panorámica del valle de Zuriza y arriba, a la izquierda de la peña de Alano, el collado de Petraficha, camino hacia Guarrinza.

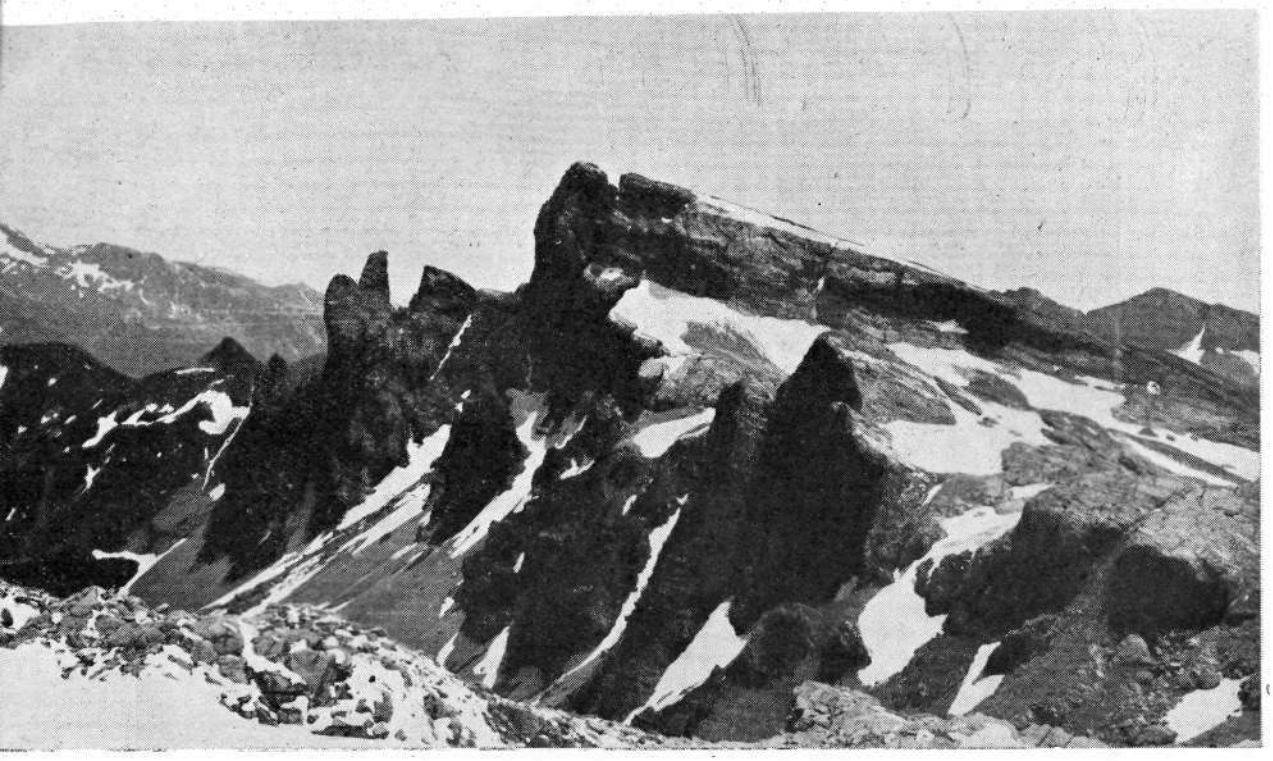


Foto Ojanguren

CUMBRE DE PETRECHEMA
(Valle Ansó)

so» —y quien nos fue facilitando estos datos durante nuestra estancia allí— quiere perpetuarlo escribiendo la historia de su pueblo y de su lengua, siendo al mismo tiempo el bardo que canta, como Mistral en la Provenza, en inspirados versos vernáculos las costumbres chesas.

Una cosa curiosa del cheso es que sólo emplean el artículo «lo» y así dicen: Lo padre. lo choven (joven), lo muller, lofillo (hijo), lo triballo (trabajo), lo can (perro) etc, etc.

CAMINO DEL VALLE

Para los montañeros de la zona noroeste de España las vías de acceso a este valle pasan por Pamplona y, si se quiere ir directamente, de allí a Tiermas, Jaca, llegando el autobús a la capital de Hecho. El verdadero centro de las montañas del valle está en la selva de Oza a 12 kilómetros de Hecho, por lo que creemos que más emocionante, aunque más pesado, pero que sirve para hacer una deliciosa excursión, es ir de Tiermas a Isaba (Valle de Roncal), de donde a pie, por el camino de Belén se llega a las Ateas de Belabarce (42 minutos) y por una carretera en construcción se pasa por la borda de Sibarro, donde éste acaba (dos horas) y, subiendo al collado (1.320 mts.) que hay entre Belabarce y Zuriza, debajo de la punta de Abizondo del Ezkaurre, se baja a Zuriza a las tres horas de agradable paseo. Zuriza, que pertenece al Valle de Ansó, sólo es un nombre en el mapa, con tres o cuatro bordas, una casa-cuartel de guardias civiles y otra para los soldados.

Por un estrecho barranco se sube incansablemente pasando por el Refugio de Tacheras, y en dos horas y veinte minutos se alcanza el collado de Petraficha (1.961 mts.) teniendo a nuestra izquierda la imponente mole compuesta de varias puntas denominadas las Quimboas. Subimos al Quimboa Alto (2.179 mts.) desde el collado de Petraficha en treinta y cinco minutos. Desde la misma cumbre el precipicio se desploma aterrador y, al otro lado, toda la oscura teoría de las montañas fronterizas; en la lejanía, el Pirineo central exhibe sus cabezas nevadas. Enfrente, raya la montaña un estrecho torrente, que luego veremos se trata del desagüe del ibón de Axerito, y a nuestra izquierda una sucesión de rocosas cimas: la Gorreta de los Gabachos, la Paquiza de Linzola, la Mesa de los Tres Reyes, dan una sensación apocalíptica de soledad al paisaje.

Volviendo al collado de Petraficha (25 minutos) se bajan una larga sucesión de pendientes hasta que al fin llegamos al poblado que porta el pomposo nombre de Mina, en 65 minutos más.

En Mina, al igual que en Zuriza, no hay más que una casa-cuartel de la Gurdia Civil, otra para los soldados, y pare usted de contar. Gracias a que han venido unos chesos a recoger el ganado y podemos dormir en una borda entre la paja, oyendo por vez primera la dulce musicalidad de la fabla chesa «fa frío» (hace frío» «comebas» (comías) «pleviendo» (lloviendo) y pronto aprendemos unas mágicas palabras en cheso: ¿Dó llé lo vino? (¿Dónde está el vino?).

Nadie sabe por qué se llama a este lugar Mina. Está situado a la cabecera del Valle de Hecho, donde hay un vallecito como el de Belagua en Roncal, que se llama Guarrinza y primitivamente se llamó Suaski. Suaski, les digo a los pastores, significa en vascuence «arboleda».

Los pastores llevan a la espalda una piel de oveja macerada con el pelo para fuera, que les llega desde el cuello hasta la pantorrilla. Dicen que lo importante es tapar las costillas. La delantera con un paraguas tiene bastante.

El Valle de Guarrinza, entrando por la selva de Oza, tiene a la derecha el Castillo de Acher, a la izquierda la Peña Forca seguida por las Quimboas, y enfrente toda la crestería de montes cuyas cimas forman la frontera. A la derecha y subiendo el Valle —pasando por Aguas Tuertas— se llega en unas horas de caminata al ibón de Estanés y Candanchú.

EL IBON DE AXERITO

Desde Mina arranca un camino que tira a la izquierda y luego, en dirección recta y en franca ascensión, nos lleva hasta el puerto de Palús. Una vía romana que antaño atravesó el valle entraba, proviniente de Francia, por este puerto de Palús, donde se encontró la lápida romana fechada en 388. Dicen los pastores que cavando en la hierba se encuentran las milenarias losas romanas todavía en perfecto estado de conservación. Poco antes de llegar a una chabola construída para refugio de los pastores, hay que tirar hacia la izquierda para bordear una imponente mole rocosa y saltando, sin ganar ni perder altura, innumerables riachuelos se llega al Ibón de Axerito o Laxerito, el único resto de la época glacial de este valle. Desde Mina hemos tardado 75 minutos, cosa que no creen luego los pastores por parecerles poco tiempo.

El *ibón*, o lago en el dialecto pirenaico, está situado en el centro de un circo rodeado de afiladísimas puntas. Medirá unos 250 metros de largo por 180 de ancho y sus aguas son límpidas, puras, y las piedras del fondo no tienen ni el menor vestigio de barro o limo. El agua lleva aquí varios miles de años sin perder su pureza ni su frialdad. Hacia la parte de España desagua por la torrentera que vimos ayer, sin que hasta ahora nadie la haya aprovechado como han hecho los franceses en Estalés. Reina un silencio de espacio sideral y las aguas levemente rizadas nos dan una triste impresión de soledad.

Trepamos por la rocosa pared hacia la punta más elevada, ayudándonos con las manos pero sin ningún peligro, y en cuarenta minutos alcanzamos la cima del monte llamado Arralla de las Foyas (Hoyas) de 2.153 metros, en cuya cumbre están los restos de un higrómetro francés. Por ambos lados no hay más que roca torturada y deshecha y cubierta de hielo. A un lado es Francia y al otro España, pero a nosotros nos parece que todo es igual; y es verdad, la naturaleza no tiene nacionalidad, somos nosotros las que se lo damos como un concepto político del paisaje. A estos pujos de filosofía «de perra gorda» añadimos otro pensamiento, que si las modistas tuvieran que ir a Francia por este camino, las mujeres seguirían vistiendo a la moda de 1.600.

Volvemos nuevamente al lago a admirar la limpieza de su origen alpino, y de allí nos dedicamos a seguir por la cima corriendo toda la línea fronteriza hasta llegar al puerto de Axerito (2.079 m.) en 70 minutos, de donde bajamos hacia el valle por el barranco de Axerito.

El cielo ha ido despejándose hasta convertirse en un azul irreal, de fotografía de color; y las majestuosas cimas de La Plana y Petrechema se alzan fantásticas, afiladas, etéreas, formando un cuadro de belleza tal que no podemos por menos de pararnos arrobados y dejar que la vista se extasíe ante aquel espectáculo tan maravilloso en medio de aquella soledad no menos maravillosa

Parece que la Naturaleza nos dice: Sólo para el hombre que se sacrifica y llega hasta mis ocultas moradas tengo reservados estos banquetes del espíritu, de idealidad, de ensueño.

En hora y media volvemos a Mina después de pasar el río Aragón Subordán y luego de una frugal comida levantamos el campo y bajamos hacia Oza, desde donde pensamos subir a los dos montes que guarnecen la entrada de este vallecito de Guarrinza.

En el centro de estos dos montes corre el agua convertido en torrente furioso, redondeando y puliendo las piedras, y de ladera a ladera, se alzan soberbios, magníficos, miles, centenares de miles de abetos y de hayas, formando lo que se conoce con el nombre de:

SELVA DE OZA

Los árboles sin duda buscando la luz crecen en línea recta, bravos, con troncos esbeltos y pulidos hasta alcanzar en ambas especies la altura de 30 metros. La selva trepa por las laderas de las montañas hasta los 1.800 metros y a veces domina el verde oscuro de los pinos y otras, el jugoso y fresco verdor de las hayas.

Esta es una verdadera selva; anoche, mientras dormíamos, un oso —el temible «l'onso»— acompañado de dos «cadiellos» (crías) mató a 18 ovejas. Por las cimas —y otros días los veremos más de cerca— corren y huyen manadas de sarrios, a los que en lenguaje literario se denomina gamuzas, y en Picos de Europa: rebecos. El rebeco, sarrio, isard, isarzo o gamuza tiene el nombre científico de *rupicapra pyrenaica*, si bien los zoólogos (¡cuándo se pondrán algún día de acuerdo los que se dicen sabios!) piensan si serán meras variedades locales de una única especie o especies diferentes. El sarrio es del tamaño de una cabra doméstica, pelaje rojizo y cara y garganta amarillenta. Forman pequeños rebaños que dirige un macho viejo, que emite un grito ronco para que escapen. Saltan a veces de 6 a 7 metros; y, para terminar este pequeño introito científico, diremos que son del género de mamíferos rumiantes de la familia de los bóvidos o cavicornios.

Con la mano en el corazón, ¿a cuántos mamíferos rumiantes conoces, amigo lector, que no son de la familia de los bóvidos, pero que merecían vivir saltando de roca en roca lejos de la convivencia humana? Esos que dicen: «Subiré al monte cuando pongan ascensor», «Al monte van las cabras», «Yo, a una campa y a darme un banquete», «A mí me gusta mucho el monte, pero en fotografías», y otras delicadas expresiones de un espíritu sutil y garbancístico, que nos hacen sentirnos orgullosos de pertenecer a la especie del *Homo sapiens*, autor del Código Penal, de las casas de préstamos y del impuesto de inquilinato.

Pero bueno, volvamos a lo nuestro y dejemos a las ardillas, a los sarrios y al oso, correr felices por las espesuras de Oza.

Oza es una palabra vasca que significa «frío», y, efectivamente, en este agujero hace más frío que donde lo fabrican. En el centro del bosque, en un gran claro a orillas del río, hay una serie de edificios de madera que pertenecen a la Explotación Forestal del Valle de Hecho. Está a tres kilómetros y medio de Mina y allí nos decidimos a dormir en la chabola de unos boyeros, quienes, al igual que los de Mina, nos colman de atenciones. Mientras hacemos planes para escalar nuevas cumbres al día siguiente, nos enteramos que en 1929 se abrió la carretera forestal que une el Valle de Hecho con Oza, y anualmente sacan 10.000 metros cúbicos de madera. Aquí no se planta nada. Todo crece solo. Así da gusto. Cuando la guerra se talaron centenares de hayas, que cada una dio más de cien toneladas de madera.

LA PIRAMIDE

A la mañana siguiente salimos con intención de dar un paseo. Atravesamos el puente y el bosque, subiendo por el barranco Espata hasta llegar al crucero de Acher (a 1.802

metros), y que nos ha costado subir 70 minutos. Nuestra intención, ya en venas de andar, era subir al Castillo de Acher; pero allá, a lo lejos, lanza su lamento de eternidad soñando otros mundos la pirámide atrayente, embrujadora, del Bisaurín, el coloso del valle con sus 2.668 m. Sin dudarlo (y sin comida) nos lanzamos como hipnotizados en un intento de alcanzar su cima. Del crucero de Acher bajamos por el camino «borregueril», atravesamos el arroyo y bordeando una gran peña llegamos al barranco Jardín, que subimos, dejando a la derecha la Peña de Agüerri. La ascensión es interminable y dura (500 m. de desnivel) y cuando llegamos al puerto de Taxera (2.240 m.) respiramos (75 minutos desde el crucero de Acher). Debajo nuestro hay un precioso valle rodeado de un círculo de montañas que está al pie del Bisaurín. Descendemos 300 m. de desnivel en 20 minutos y comemos un pedazo de pan seco, olvidado, que llevábamos en el bolsillo. Para tragarlo lo metemos primero en el agua fría y recordamos a Felipe II, para el cual, el más preciado postre era comer este mismo manjar.

Dos montes que rodean al vallecito: la Peña de Agüerri (2.446 m.) y el Bisaurín, que domina obsesionadamente todo el panorama, y una serie de colinas de más de 2.200 metros hacen que estemos en el centro de una gigantesca cazuela de donde se escapa todo el agua que cae de las montañas por un corte que tiene el valle hacia el barranco de Agüerri.

Tirando hacia la derecha por la falda del Bisaurín encima del río, vamos hacia el collado de La Cuta (30 minutos), cerca del collado Faratón. Luego, hay que subir por la izquierda en línea recta. La cuesta, como la de una pared por lo vertical, se hace durísima y hay que trepar lentamente. Llegar al vértice de la pirámide (2.668 m.) nos cuesta casi hora y media desde el collado, pero una vez arriba el espectáculo nos compensa el hambre que tenemos y el cansancio de la subida. Allá a lo lejos destaca, entre todos, un pico rocoso de una belleza airosa e ingrávida que nos atrae inmediatamente; es el Pic du Midi.

Cuando uno es feliz, no sabe que lo es. Sólo después, cuando llega el tiempo de la desgracia se acuerda uno de aquel tiempo en que todo le parecía fácil, hermoso y agradable. Así nosotros ahora somos felices y no analizamos este maravilloso momento, en que hemos alcanzado la máxima altura del Valle de Hecho, hemos subido un monte de exquisita apariencia artística, regalo de la vista y encanto del ánimo. Este monte es la plegaria de la tierra que pide perdón al cielo por todas las torpezas, todos los crímenes, injusticias y salvajadas de los rumiantes que calzan zapatos, con o sin tacón alto.

Bajamos por el barranco de Agüerri con objeto de conocer la vía que suelen utilizar los montañeros que vienen en autobús. Desde la cumbre hasta el pie de la pirámide hay una hora. Cincuenta minutos al principio de la senda de descenso, y 15 más hasta el Salto la Vieja, en Gabardito. Abandonamos el camino y nos metemos por el pinar en línea recta, para atajar camino. El descenso se hace difícil, hay que saltar por derrumbes y, finalmente, bajar al cauce del río; y, entre inmensas rocas desprendidas por algún reciente cataclismo invernal, llegamos al Aragón Subordán, frente a las casetas forestales a cuatro kilómetros río abajo de Oza. Este último trozo de bajada fatigoso y aburrido, por aquellos tremendos tajos donde parece que falta el aire, nos ha llevado cincuenta minutos. Pasamos el río saltando de roca en roca y una vez en la carretera, rápidamente llegamos a Oza a las siete de la tarde, para tomar el desayuno que habíamos dejado haciéndose a la mañana.

El camino, entre dos inmensos cortes, es muy similar al de la garganta del Cares en Picos de Europa, con lo que excusado es decir que es de una belleza aterradora e indescriptible; esto es, que no se puede describir, sino sentir.

EL CASTILLO DE ACHER

Frente a frente a los cobertizos de Oza, el Castillo de Acher se eleva majestuoso y soñador, aunque no semeja a un castillo sino un barco varado sobre una gran eminencia de terreno. El bosque sube hasta la misma base y le arropa con sus oias negruzas, y encima, la roca de un rojizo brillante y tornasolado, brilla misteriosa al atardecer.

El Campanil, como pone por error en el mapa del Instituto Geográfico, se llama Castillo de Acher. De 2.331 m. es parecido, aunque en más pequeño, al macizo de Itxina en Vizcaya. Forma una gran plataforma que por cualquier lado que se le mire ofrece una escarpada pared a la vista.

El camino de ascensión es el mismo que ayer tomamos hasta el crucero de Acher. subiendo por el barranco de Espata, aunque hoy tardamos 25 minutos más. Una vez allí no hay más que empezar a subir la pendiente, salpicada de pedrizas y grandes rocas, hasta llegar a la pared propiamente dicha, que se salva por una depresión que hay en el centro y no ofrece ningún peligro.

El tejado del castillo todavía sigue subiendo hasta alcanzar la parte máxima, donde el vértice es señalado con un montón de piedras. Estamos a 2.331 m. y a 70 minutos del crucero de Acher.

A la bajada nos metemos por un laberinto de rocas y en contra del viento; al dar la vuelta a una, casi acariciamos a un sarrio joven, sin cuernos, que nos mira curioso, y de repente escapa y desaparece como arrastrado por un huracán. Seguramente el oso, o los cazadores habían matado a su madre, y el sarrio, todavía inexperto, no había aprendido a huir de la presencia del hombre. Mas no importa, joven sarrio de húmedos y melancólicos ojos, yo no mato a nadie; únicamente, si hubiese tenido una escopeta en la mano y tú hubieras sido un aficionado al fútbol o un cantante folklórico, tal vez, tal vez ..

Los días siguen siendo de un buen tiempo que, ya acostumbrados, ni agradecemos. El mismo panorama de todos los días, si bien hoy logramos ver el glaciar de Vignemale. Enfrente tenemos a la Peña Forca, a la que queremos subir por un camino nuevo y, a simple vista, nos parece encontrarlo. Mañana veremos si estamos en lo cierto. En 110 minutos bajamos a Oza, donde nos encontramos con un autobús de montañeros de Zaragoza. Al atardecer, baja un grupo de ellos que ha intentado subir al Castillo de Acher por otro lado, sin conseguirlo, perdiendo el día. Los boyeros se ríen de ellos con esa crueldad propia del hombre rústico para el fracasado.

PEÑA FORCA

Las excursiones de montañeros que se internan con autobús propio en el Valle de Hecho suelen hacer sus dos picos más representativos: el Bisaurín y la Peña Forca. Hoy, de despedida nosotros queremos hacer también esta altiva peña, pero todos nos habían dicho que el único camino es por el frente, desde la carretera cerca de las chabolas forestales. Ayer, desde el Castillo de Acher, vimos que el monte por este lado tenía un corte bastante profundo que creemos accesible sin ser peligroso. Preguntamos y nos dicen que se llama el Barranco de Estibiella. En medio de una gran oscuridad producida por los grandes árboles, muchos de ellos caídos y en trance de descomposición, empezamos a subir hasta que dominamos el tupido bosque, saliendo a unas hermosas praderas donde encontramos la chabola vacía de un pastor. Ya no nos parece que hemos hallado el Estrecho de Magallanes, pero de todas formas brindamos esta vía, no virgen, pero sí casi inédita a los futuros escaladores de la Peña Forca. Hasta la campa hemos tardado una

hora. Llegamos a un lugar denominado Salgoa y dejando a la derecha el collado de Mazandú, por el que se puede llegar al collado de Petraficha, atacamos al que tenemos enfrente, el puerto de Estibiella. Este lugar es un semicírculo de altas paredes y la pedriza que subimos nos conduce a su única salida: el puerto de Estibiella a 2.101 m. al que llegamos en 80 minutos desde la borda. Ya no hay más que tirar a nuestra derecha y subir una punta, bajar un poco, y llegar a la segunda donde se alza un vértice geodésico. Estamos en la famosa Peña Forca a 2.390 m. que nos ha costado media hora desde el paso.

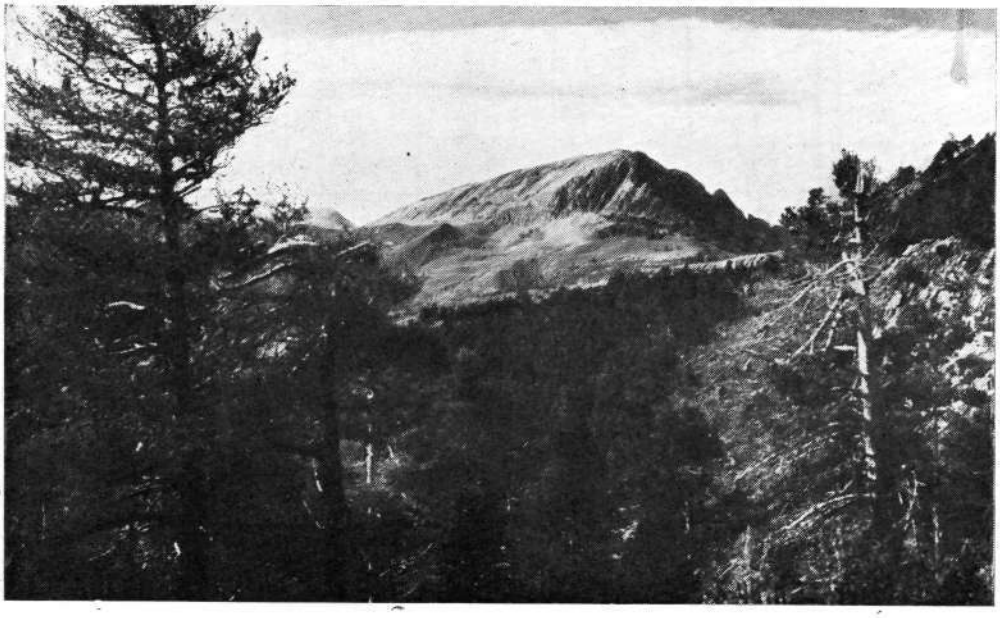
Por vez primera vemos el Valle de Hecho en toda su extensión. Atrás está el Valle de Guarrinza, debajo Oza, y delante, camino del Ebro —hidrópico de ríos pirenaicos— el Aragón Subordán corta el Valle de Hecho. Allá donde termina el bosque, la tierra muestra el color rojizo y pardusco característico de la tierra aragonesa, así como su vegetación de retama, enebro, brezos y árgomas. En vez de volver por el mismo sitio, bajamos hacia el Valle de Hecho, para lo cual hay que saltar de roca en roca, cuesta abajo, durante 65 minutos hasta llegar a los collados de Lenito. Estos collados o cuellos, como dice el mapa, son una sucesión de pequeñas montañas, que estiran su espinazo sin interrupción, desde Siresa hasta chocar con la base de Peña Forca. Un pastor nos dice que no hay camino y que es mejor bajar a la carretera y luego seguirla, pero nosotros, como el poeta: «Vamos soñando caminos», y por toda la crestería, a veces con verdaderas dificultades a causa de la espesa vegetación, llegamos encima de Siresa, y serpeando entre el boj, abrasados de calor, llegamos a este lugar; y, tras dos kilómetros de carretera, pisamos Hecho.

Ya hemos «hecho» antes la historia de Hecho, pero no hemos hablado de la gentileza de sus mozas, ni de la simpatía de los hombres, ni de su esmerada y natural cortesía. Un turista, un montañero, es un ser agradable al que agasajan, convidan y le convierten en fiesta perpetua su estancia en la hospitalaria Hecho; tanto, que ahora, al escribir estas líneas nos invade la nostalgia al pensar en los días felices que allí pasamos.

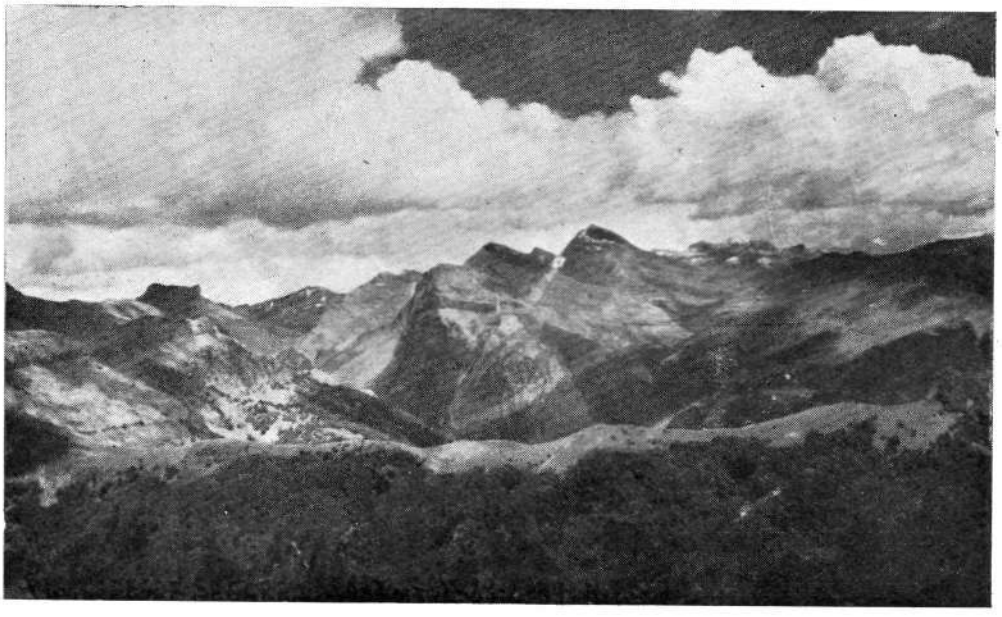
PICO DE LA CUTA

Una excursión que creíamos iba a resultar cortita y se alargó, y que se nos pasó por agua, fue la del Pico de La Cuta. Pasando el río, en dirección al Bisaurín, entre boj, espinos, brezos y un gran bosque de pinos (seguidos durante casi un cuarto de hora por una curiosa ardilla, que pensaría seguramente «qué vestidos más raros lleva ese cheso»), subimos primero al Pico Ramírez de 1.820 m. en dos horas y diez minutos. Cerca de su cumbre están haciendo una chabola borregueril. Sin perder altura, el camino pizarroso y sin casi hierba nos lleva hasta la loma (no le llamaremos pico) de La Cuta, de 2.156 m. Cuta, significa «cerda» y algunos naturales también conocen a este pico con el nombre de Peñas de Gaba, que están un poco más allá. Desde el Pico Ramírez se tarda 40 minutos. El monte describe un semicírculo que seguimos para no volver por el mismo camino, y en medio de una lluvia torrencial bajamos en línea recta por el barranco hasta alcanzar el río Aragón Subordán, que atravesamos vestidos, tan calados estamos.

Y luego, nuevamente a hablar con los chesos... y con las chesas, y a hacer votos, internamente, de que, si podemos, un día nos pondremos a escribir para cantar las maravillas de Hecho, en agradecimiento a todo cuanto gozamos, a la felicidad que sentimos cuando estuvimos aquellos magníficos días de un otoño azul, de aire cálido y picante; y se nos encogía el corazón al pensar que nos teníamos que marchar y que, tal vez, pasarían muchos, muchos años sin que pudiéramos volver a verlo.

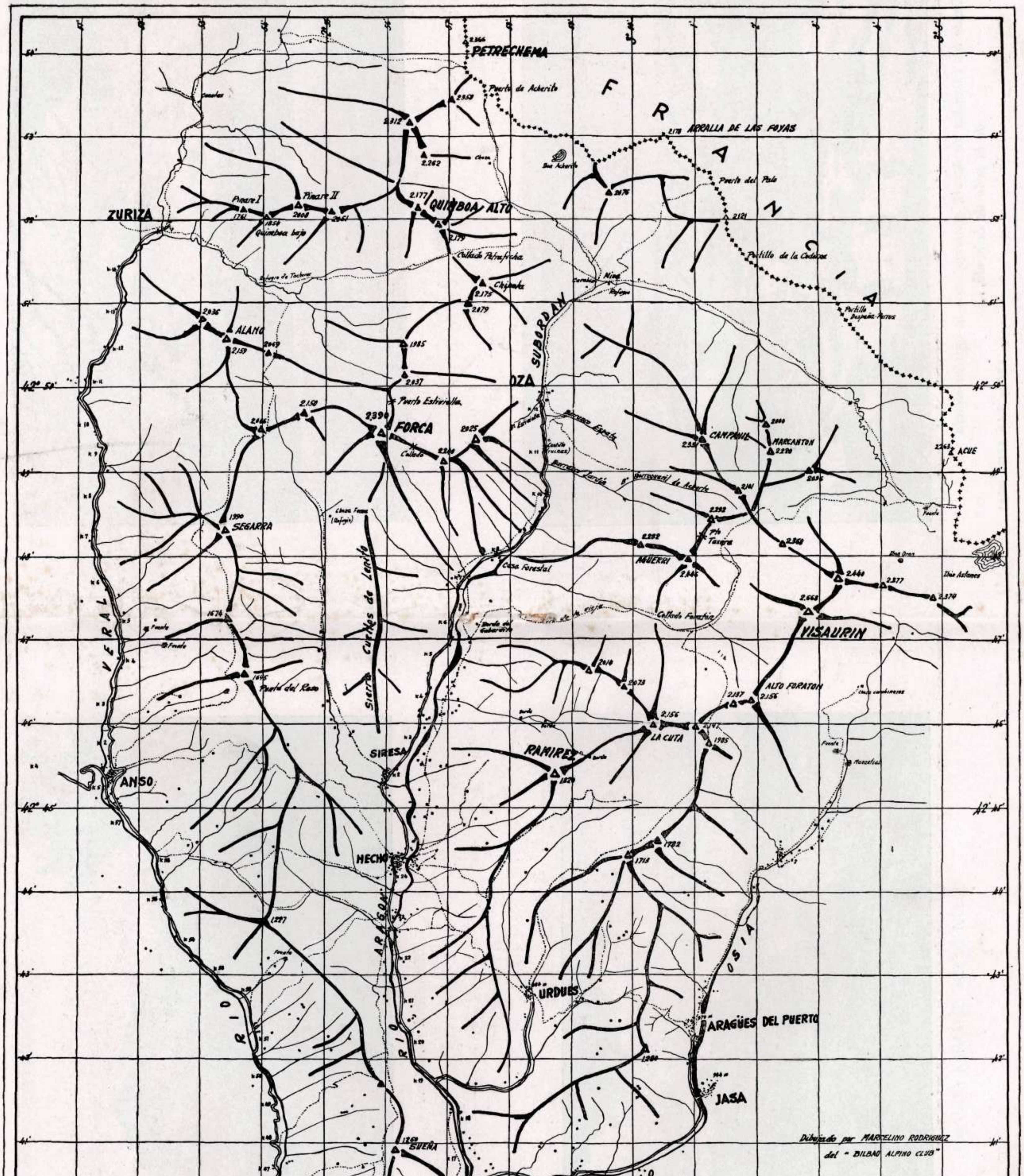


EZKAURRE (2.047 m.)



VISTA DESDE SEGARRA (2.037 m.)

(Fotos Tomás López Sellés)



PETRECHEMA
2.366
Puerto de Acherito
F R A N C I A
ARRALLA DE LAS FOYAS
2178
Ibon Acherito
Puerto del Palo
2121
Portillo de la Cadeiza
Portillo Despeña-Perros
2.312
2.359
2.262
Pinare I
1761
1854
Quimboa bajo
Pinare II
2008
2061
2.177
QUIMBOA ALTO
2.179
Collado Petrafricha
Chipeta
2.175
2.079
ZURIZA
Refugio de Tacheras
Mina
Refugio
SUBORDAN
2.036
ALANO
2.159
2069
1985
2.037
OZA
Puerto Estiviella
2.150
2066
2.390
FORCA
2025
Collado
2.210
Barranco Espata
Castillo (ruinas)
CAMPANIL
2.331
2000
MARCANTON
2.220
2.036
2265
ACUE
2.141
2.292
Pto Taxera
2.282
AGUERRI
2.446
2.360
2.440
2.377
2.374
Ibon Oroz
Ibon Astanes
Fuente
Casa Forestal
Casa Fanás (Refugio)
1990
SEGARRA
Sierra Cuelles de Lenito
1674
Fuente
1645
Puerto del Raso
VERAL
Collado Foratata
2.668
VISAURIN
2614
2.073
ALTO FORATON
2.157
2.156
2.156
LA CUTA
2.147
1985
RAMIREZ
1829
Borde del Gubardito
SIRESA
ANSO
HECHO
1722
1713
1227
ARAGON
RIO
RIO
URDUES
OSIA
ARAGÜES DEL PUERTO
1280
JASA
RIO
1260
BUEÑA
Dibujado por MARCELINO RODRIGUEZ
del "BILBAO ALPINO CLUB"

Eguiriñao.

Desde las chavolas de Atxuri, contemplamos la clásica silueta de la peña de Lekanda...

(Fotos G. Lz. de Guereñu)